

## FARO DE NAVEGANTES, CRISTALINA MARAVILLA: DE ALEJANDRÍA A SOR JUANA

WINSTON REYNOLDS

*Faro*, o *Pharos* en el griego original: son palabras breves, pero mayores por las resonancias que nos traen de mares y lejanías exóticas, fantásticas, aunque verídicas. Se llama así, metonímicamente, al parecer por el lugar junto a Alejandría donde hace unos veintitrés siglos se construyó el faro que llegó a ser una de las Siete Maravillas del mundo antiguo. También sirvió de símbolo maravillosamente barroco, en los versos de Sor Juana Inés de la Cruz, no sólo una vez sino dos. A eso vamos, pero queremos primero ampliar matices olvidados del fondo histórico indicado.

Se sabe que los marineros de la Grecia antigua se orientaban con hogueras puestas sobre los arrecifes y montañas de las costas, para poder llegar sanos y salvos a sus puertos del Mar Egeo. Pero por la parte mediterránea de Egipto, con su costa baja, rocosa y escasa de marcas orientadoras, tuvieron que hacer algo especial, y así, en el año 279 a. de J.C., fue construido lo que llamaban el *Faro de Alejandría*.

Se llamaba así por la asociación con la pequeña isla de Faros (frente a Alejandría) en que se edificó—si no es al revés, como veremos; y ya para siempre después *faro* ha sido toda torre alta hecha para guiar de noche a los navegantes, como sabemos todos. Desde el punto de vista lingüístico, esta palabra tiene para nosotros un interés particular por su valor de tropo, un caso en efecto de metonimia, por el proceso etimológico que hemos descrito. Las lenguas no-romances, por desgracia, prefieren burdos equivalentes literales: en inglés, *lighthouse*; en alemán, *Leuchtturm*.

En busca de más aclaraciones lingüísticas, podemos retroceder en el tiempo mucho más allá de esa aparición del faro prototípico de Alejandría. Cuando el rey griego Menelao logró recobrar a su célebre Elena y volvía con ella de Troya, les desvió una brisa del noroeste que les obligó a refugiarse en una isla desértica por la costa norafricana, más o menos frente a donde se vaciaba el río Nilo. Pasaron veinte días en este lugar, lo cual nos lo confirma Homero en la *Odisea* (Libro IV, versos 355-9). Al marcharse (contenta con la partida la reina, sobre todo, por las incomodidades sufridas), Menelao preguntó a un viejecito que encontró, “¿Qué isla es ésta?” Respondió el viejo que “del Faraón”—que es, claro, título de cada uno de los antiguos reyes de Egipto—y, según la historia, Menelao entendió equivocadamente “Pharos,” de modo que, al volver a Grecia, así lo inscribió oficialmente en la geografía universal. Al menos, esta pintoresca etimología nos la da el famoso escritor inglés Forster.<sup>1</sup> El no identifica sus fuentes, pero la idea parece haber gozado de una aceptación general (es decir, de que el nombre de la isla tenía referencia a los antiguos reyes de Egipto) como lo muestra un popular diccionario histórico-geográfico en latín del año 1596.<sup>2</sup> Lo inte-

resante es que ha surgido una polémica sobre el verdadero origen de la palabra *Pharos*. Una de las teorías más creíbles es que se dio el nombre a la torre primero, y sólo después a la isla, sea por una posible etimología griega de *phaos*, ‘luz,’ ‘iluminación,’ o egipcia de *pharez*, que es ‘atalaya,’<sup>3</sup> o de *pero-o*, ‘casa grande,’ etc.<sup>4</sup>

En el siglo IV a. de J.C., llega a la isla de Faros otro ilustre conquistador, Alejandro Magno, queriendo edificar allí una ciudad griega. Al fin rechaza el sitio por ser demasiado estrecho para sus ambiciones, construyendo la nueva ciudad más bien en la costa opuesta, llamándose, lógicamente, Alejandría.

En el siglo III a. de J.C., pues, se necesitaba algo para guiar a los navegantes a través de los grandes peligros de la costa para llegar al puerto de Alejandría. No está claro si una “locura divina” se apoderó de los constructores del faro, es decir si a propósito quisieron dar alas de poesía a la ingeniería, si procuraban intencionalmente crear una nueva maravilla para el mundo. El hecho es que así fue, e igual que se identificaba a Atenas con el Partenón, o a Roma con San Pedro, así para los hombres coetáneos, “El *Pharos*” era Alejandría y Alejandría era el *Pharos*. Nunca en la historia de la arquitectura un edificio secular se ha celebrado tanto ni ha adquirido tanta vida espiritual propia. Llamaba no sólo a los navegantes sino también a la imaginación viva, y siglos después de apagarse su luz, seguían ardiendo sus brasas en la memoria de los hombres. Forster sugiere que también contribuye a la fama arrobadora del faro su desmesurado tamaño.<sup>5</sup>

Se alzaba el Faro de Alejandría, en efecto, a una altura de 200 metros, con el equivalente de cuatro pisos en total. La planta baja, de unos 70 metros, era cuadrada y tenía cerca de 300 cuartos, con muchas ventanas. Por en medio, ascendía una gran escalera circular. Por allí funcionaba tal vez alguna *maquinaria hidráulica para subir la leña hasta arriba*; si no, tenemos que imaginarnos una procesión constante de asnos que la cargaban. Hubo, finalmente, estatuas de tritones y una inscripción griega que rezaba en letras de plomo que el arquitecto—claro que con la bendición del rey Tolomeo Filadelfo— era “Sóstrato de Cnidus, hijo de Dexiphanes, a los Dioses Salvadores:”<sup>6</sup> para los marineros.”

El siguiente piso, el primero, era octagonal, y totalmente ocupado por las espirales ascendientes. El piso segundo contrastaba con éste en que era circular. Encima de todo estaba situada la “lámpara,” la cual era un enigma: ocupaba el estrecho espacio no sólo la gran hoguera sino también curiosos instrumentos científicos y un enorme “espejo.” ¿Qué cosa era el espejo, y porqué no se rompía? Algunos lo describían como de vidrio finamente labrado,

o de piedra transparente, y declaran que cuando se sentaban debajo podían ver los barcos en alta mar que no se divisaban a simple vista. Se ha especulado sobre la posibilidad de que fuera una especie de telescopio, es decir, de que en efecto la Escuela Alejandrina de Matemáticas y Mecánica descubriera el lente de aumento, el cual quedaría perdido y olvidado al caer el faro. Lo cierto es que allí encima se encontraba lo mejor de la ciencia conocida de aquellos tiempos.

De pie sobre la "lámpara," a la altura de 200 metros, una estatua de Poseidón—el Neptuno griego—prestaba una nota helénica al África vista desde el mar. Tenemos noticias de otras obras de arte allí en la cúspide: había una estatua cuyo dedo seguía la ruta diurna del sol, y otra que indicaba las horas con melodiosas voces. Se hablaba de otra estatua, en el mismo lugar, que gritaba la alarma tan pronto saliera una armada hostil de cualquier puerto extranjero, pero esto pertenece al faro de la leyenda, que veremos pronto.

El Faro era la llave de las defensas alejandrinas—entre otras funciones obvias, era el centro de un sistema de señales que se extendía por toda la costa—y Julio César lo ocupó antes de atacar la ciudad en el siglo I a. de J.C. En el año 640 de la era cristiana, llegaron los conquistadores árabes, bajo el mando del Califa Omar. Por desgracia, en el siglo VIII, dejaron que se cayera y se rompiera la lámpara—el "espejo mágico," como decían—y también desaparecieron todos los instrumentos científicos. De allí en adelante el faro se reducía a dos pisos trunco y la hoguera sola encima. Los árabes eran algo descuidados con las reparaciones estructurales que exigían los años que pasaban, y en el siglo XI un terremoto tumbó el piso octagonal. Sirvió de atalaya la planta baja restante hasta que, dos siglos después, otro temblor lo arrasó todo. Entonces, la isla misma, en que descansaba, se modificó por su cuenta y se hizo península.

Aunque no lograron salvar el Faro para la tierra, los árabes sí hicieron mucho por él en el reino de la fantasía. Aumentaron su altura bastante, y lo imaginaron construido sobre un gigantesco cangrejo de vidrio dentro del cual dijeron que se había caído accidentalmente todo un ejército moro. Fantasearon que con el espejo mágico se podían incendiar los barcos a cien millas, y que en él se veía lo que pasaba en Constantinopla. Los árabes se llenaban no sólo de admiración y de fantasía frente al Faro: lo llamaban "El Manarah," y tanto les gustó su forma original que de allí se dio el nombre al "minarete"—otro caso de metonimia—y era modelo para algunos minaretes en Egipto, reproduciendo el diseño de Sóstrato, con el piso bajo cuadrado, el primero octagonal y el segundo redondo.<sup>7</sup>

Trazado el fondo histórico-lingüístico del famoso Faro de Alejandría, ahora podremos entender mejor los versos que le dedica Sor Juana. Visto de otro modo, también es verdad que las referencias sorjuanescas nos han impulsado y justificado para investigar esta historia más a fondo, y de paso examinar la palabra *faro* actual que se ha derivado de todo ello.

Veamos primero el Villancico III de Sor Juana, titulado "Juguete entre muchos."<sup>8</sup> Hay nueve individuos juntados

en tertulia que se preguntan entre sí cuál de las célebres Maravillas del Mundo es la mayor. Naturalmente examinan, una por una, las Siete Maravillas del mundo antiguo: las murallas de Babilonia con sus jardines colgantes, el Coloso de Rodas, las pirámides de Egipto, la tumba en Halicarnaso del rey Mausolo—o Mausoleo, otra metonimia—, el templo de Diana en Efeso, la estatua de Júpiter (de oro y marfil) por Fidias en Olimpia, y al fin la séptima que es el Faro de Alejandría. Dice así el que la patrocina (versos 68 a 75):

—Diré yo  
que fue el prodigio más raro  
aquella Torre de Faro,  
que las naves conducía  
y se vía  
desde su altura eminente  
tan patente  
todo el reino de Neptuno.

Se rechaza ésta igual que las demás maravillas, llegándose a la conclusión de que "la más peregrina Maravilla es Catarina." Es decir, Santa Catarina. Es otra tentativa poética de muchísimas durante el Siglo de Oro español de nombrar una "Octava Maravilla" del mundo, la cual desde luego supera a todas las anteriores.<sup>9</sup> Pero el título mismo del villancico nos ha sugerido tema y tono: es un pequeño juego conceptual, cortesano, gracioso, con el fin—a la vez pío y frívolo—de alabar colectivamente, "entre muchos," a la santa. El Faro de Alejandría no ha lucido mucho aquí, aunque agradecemos su presencia.

Mucho más serio e importante es el papel que Sor Juana asigna al Faro en el *Primero sueño* (versos 266 a 291). El gran sorjuanista Alfonso Méndez Plancarte, que ha dividido el poema en doce partes lógicas, da comienzo con estos versos a la cuarta y la titula "El sueño de la intuición universal." Son así:

Y del modo  
que en tersa superficie, que de Faro  
cristalino portento, asilo raro  
fue, en distancia longísima se vían  
(sin que ésta le estorbare)  
del reino casi de Neptuno todo  
las que distantes lo surcaban naves  
—viéndose claramente  
en su azogada luna  
el número, el tamaño y la fortuna  
que en la inestable campaña transparente  
arresgadas tenían,  
mientras aguas y vientos dividían  
sus velas leves y sus quillas graves—<sup>10</sup>

Podemos aclarar el sentido de estos versos gongorinos con la siguiente versión en prosa: "Al modo que en el terso espejo del faro de Alejandría—cristalina maravilla y aparato peregrino de aquella isla de Faros—, se veían a inmensa distancia de casi todo el reino de Neptuno (sin que esta lejanía lo impidiese) las naves que remotas lo surcaban, distinguiéndose claramente [en el espejo-luna de azogue] el número, el tamaño y la fortuna que esos arriesgados navíos tenían en la movediza llanura transparente, mientras sus velas leves y sus pesadas quillas se abrían camino entre los vientos y las aguas..."<sup>11</sup>

Se ve que los versos citados de Sor Juana repiten, con un poco de exageración por supuesto, lo que nos legaron los testigos de la historia; hemos comentado antes lo que dijeron, y hemos mencionado al respecto la posibilidad de haberse descubierto el telescopio allí. Lo que a continuación hace la poetisa es utilizar esta imagen del maravilloso faro como símil para llevarnos a su tema central:

así ella [la Fantasía], sosegada, iba copiando  
 las imágenes todas de las cosas,  
 y el pincel invisible iba formando  
 de mentales, sin luz, siempre vistosas  
 colores, las figuras  
 no sólo ya de todas las criaturas  
 sublunares, mas aun también de aquéllas  
 que intelectuales claras son Estrellas,  
 y en el modo posible  
 que concebirse puede lo invisible,  
 en sí, mañosa, las representaba  
 y al alma las mostraba.<sup>12</sup>

Es una comparación tremenda, genial: Sor Juana echa mano del legendario espejo mágico del Faro de Alejandría, para que el alma, antes en la oscuridad y dormida, ahora logre una visión reveladora de todo lo que hay en este mundo, visible e invisible, e incluso los conceptos más abstractos. Con sus brillantes versos, la poetisa, soñando imposibles, ha extendido al infinito la luz del Faro de Alejandría y lo ha convertido, maravillosamente, en símbolo barroco muy suyo. En efecto, si en los versos de Calderón de la Barca, por ejemplo, se ha comparado su movimiento ilusorio a las columnas retorcidas de los retablos barrocos,<sup>13</sup> propongo que se identifique la creación intelectual y poética de Sor Juana con—también clarooscuro cinético—el penetrante e inquieto faro lejano que ha sido objeto del presente escrutinio nuestro.

University of California, Santa Barbara

<sup>1</sup> E.M. Forster, *Pharos and Pharillon* (New York: Knopf, 1961), pp. 15-6. Para *faro*, *farol*, etc., y también *fanal*, véase lo que dice Juan Corominas en su *Diccionario crítico etimológico*.

<sup>2</sup> Charles Estienne, *Dictionarium historicum, geographicum, poeticum* (Geneva: J. Stoer, 1596; reimpresión facsímil, New York-London: Garland, 1976). Atestigua su popularidad el haberse publicado veinte ediciones entre 1553 y 1693.

<sup>3</sup> Véase Charles Anthon, *Classical Dictionary: Containing an Account of the Principal Proper Names Mentioned in Ancient Authors...* (New York: Harper, 1860), p. 1025. Cita a Jablonski para los orígenes egipcios. Ahora, en el siglo xx, Victor Bérard, *Les Phéniciens et l'Odyssee* (Paris: Librairie Armand Colin, 1902), II, p. 59, también nos da la etimología *phaos*, pero además *pharos*, con el significado de "isla del rey." Véase, a la vez, los comentarios de mi colega Howard Clarke, *The Art of the Odyssey* (Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall, 1967), pp. 72-3, que demuestran la importancia de la palabra *phaos*—del concepto "luz"—para los griegos desde Homero.

<sup>4</sup> Véase también Pauly, *Real-Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, XIX, 2 tomos, 1857-69.

<sup>5</sup> Forster, p. 19. El Sr. Forster, conocido sobre todo como novelista, pasó los años de la Primera Guerra Mundial en Alejandría, y de allí proviene su interés en la región, con el libro citado, publicado primero en 1923.

<sup>6</sup> Es decir, los Dioscuri. Véase Forster, p. 20, para su discusión de esto y de la situación política, que prestaba un doble sentido a las palabras.

<sup>7</sup> Para los detalles históricos y legendarios que hemos resumido

aquí, véase Forster, loc. cit.; también en su *Alexandria: A History and a Guide*, 3a. ed. (Garden City, N.Y.: Doubleday, 1961), Anchor Books, 231, pp. 141-50; Hermann Thiersch, *Pharos* (Leipzig-Berlin, 1909), pp. 68 y ss.; Karl Vossler, *Die Welt im Traum* (Karlsruhe: Stahlberg Verlag, 1946), p. 116, que cita a Thiersch; y Alfonso Méndez Plancarte en su ed. de Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1951-57), I, p. 266.

<sup>8</sup> Aquí utilizamos la ed. de Méndez Plancarte (con su prólogo y notas) citada arriba en la nota 7, II, p. 176.

<sup>9</sup> En el siglo xviii, escritores franceses e ingleses agregaron a las antiguas enumeradas algunas Maravillas del Mundo "modernas": el Coliseo de Roma, las catacumbas de Alejandría, la gran muralla de la China, el templo druídico de Stonehenge, la torre inclinada de Pisa, la torre de porcelana en Nanking (¡tantas torres!), la gran mezquita de Santa Sofía en Constantinopla (véase *The Wonders of the World* [London: Hutchinson, s.a.], I, p. iv). Y sin ir más lejos, ahora, en Toronto, y después de ir a contemplar las cataratas del Niágara, tengo un folleto que me asegura que son "one of the seven wonders of the world" (Bon Voyage Tours).

<sup>10</sup> Ed. de Méndez Plancarte, I, p. 342.

<sup>11</sup> *Obras completas*, I, p. 607, versión de Méndez Plancarte.

<sup>12</sup> *Obras completas*, I, p. 342. No parece necesario dar una versión en prosa de estos versos. Lo único, las "criaturas sublunares" son, claro, las que habitan la tierra.

<sup>13</sup> Por ejemplo, Angel del Río, *Historia de la literatura española* (New York: Holt, 1963), I, p. 435.